

CLAUDE

Tribuna Marxista

Octubre de 1939

Número especial sobre la Guerra:

●
La URSS en la Guerra
Por L. Trotsky

La Guerra y el P. C. Mexicano
Por F. Zamora

El Pacto Stalinazi en Francia

* * *

Manifiesto a los Pueblos Oprimidos

●

20 CTS.

2a. Epoca

Núm. 2

Apdo. Postal 8942

Responsable: José Ferrel

México, D. F.

SOCIALIST APPEAL THREE TIMES A WEEK

Organo Oficial del Socialist Workers Party
Sección Norteamericana de la Cuarta Internacional

SUSCRIPCIONES:

Un año \$2.00 - seis meses \$1.00
Ejemplar 3 cents. Moneda Americana
116 University Place, New York, N. Y.

“Lucha Obrera”

ORGANO QUINCENAL

Del

Partido Obrero Internacionalista

Sección Mexicana de la Cuarta
Internacional

Apartado 8052 5 cts. ejemplar

THE NEW INTERNATIONAL
A Monthly Organ of Revolu-
tionary Marxism

Suscripción:

1 año \$2.50
Moneda Americana

115 University Place,
New York, N. Y.

ALIANZA OBRERA

Organo del Partido Obrero Revolucionario

Sección Chilena de la
IV Internacional

Precio 0.20 Moneda Chilena
Casilla 13219 Santiago de Chile

INICIAL

Pensamiento - Crítica - Acción realista

Correspondencia y valores a

Alfredo Alonso

Casilla Correo 1606

Buenos Aires, Argentina

Precio 20 ctvs.

CLAVE TRIBUNA MARXISTA

No. 2. Segunda Epoca. México. D. F. Octubre de 1939

CLAVE FRENTE A LA GUERRA

Los acontecimientos mundiales de septiembre han colocado a la clase obrera internacional ante la necesidad de realizar las más importantes tareas que la historia moderna ha llegado a encomendarle. Bien podemos afirmar que el rumbo que en lo próximo inmediato tome el desarrollo de la humanidad depende de la respuesta que dé el proletariado internacional a la voluntad de permanencia y de rapiña del capitalismo. Por el camino del derrotismo revolucionario, de la guerra civil y de la guerra colonial de liberación, la humanidad enfilará el rumbo hacia la construcción de la sociedad socialista, hacia la superación material y moral de la existencia humana. Por el camino del social-patriotismo, de la sumisión a los lacayos políticos y sindicales del imperialismo, hacia la esclavitud y el embrutecimiento de la especie humana bajo la bota capitalista. Por nuestra parte, estamos convencidos de que la clase obrera sabrá extraer de sí las fuerzas históricas que la lleven a la conquista de la libertad y del poder, en bien del futuro de nuestra civilización.

Nunca como ahora, en los últimos decenios, han sido tan necesarias la exactitud y la claridad de visión, la sinceridad y la audacia en los directores revolucionarios de la clase trabajadora. Es preciso analizar día a día los acontecimientos, sin extraviarse en ellos, sin olvidar las relaciones fundamentales, de la lucha de clases. Es preciso saber en todo momento cuáles son los ob-

jetivos de clase que puede conquistar el proletariado. Saber cuáles son las consignas que deben animar su acción revolucionaria. Nunca como ahora, pues, han sido tan indispensables los órganos del pensamiento marxista.

CLAVE ha creído necesario dar a los últimos acontecimientos la importancia que les corresponde. Por eso publica este número especial sobre la guerra, en los aspectos que más de cerca tocan a la clase obrera. Infortunadamente, no hemos podido superar hasta hoy los obstáculos financieros que nos obligaron a suspender durante dos meses la publicación de nuestra revista, y después a reducir su volumen. Así, hemos tenido que dejar fuera nuestros comentarios sobre la reunión de Panamá, sobre la crisis del POUM, sobre el Frente Popular chileno, sobre la neutralidad de Roosevelt, etc., etc.

Es urgente que nuestros amigos comprendan la importancia de su ayuda —por pequeña que ella les pueda parecer— para nuestra revista. Hay que pagar los ejemplares puntualmente; hay que hacer donativos y colectas; hay que formar grupos de lectores de CLAVE. Sólo con la ayuda de ellos podremos aspirar a desempeñar de modo adecuado la tarea que nos corresponde como adelantados del pensamiento marxista-leninista en nuestro idioma.

Difusión deferencia de Edicions Internacionals Sedov en su serie Clave. Tribuna marxista (revista, 1938-1941). Para descargar resto de números en esta serie, enlace desde imagen logotipo:

Edicions internacionals Sedov



La U. R. S. S. en la Guerra

Por León Trotsky

El Pacto Germano-Soviético y el Carácter de la U. R. S. S.

Después de la conclusión del pacto germano-soviético, ¿podemos calificar a la U.R.S.S. de Estado obrero? La naturaleza del Estado soviético provoca discusiones siempre renovadas entre nosotros. Nada asombroso: por primera vez en la historia, tenemos ante nosotros la experiencia de un Estado obrero. En sitio alguno ni jamás ese fenómeno ha sido estudiado. En la cuestión del carácter social de la U.R.S.S., los errores provienen ordinariamente —como lo hemos escrito ya— de la substitución del hecho histórico por una norma programática. El hecho concreto se ha divorciado de la norma. Eso no significa, sin embargo, que la haya refutado; por el contrario, por ruta distinta, la ha confirmado. La degeneración del primer Estado obrero, que hemos establecido y explicado nosotros, muestra sólo, del modo más claro, qué debe ser un Estado obrero y qué puede ser y qué deviene en ciertas condiciones históricas. La contradicción entre el hecho concreto y la norma nos impone, no el renunciar a la norma, sino, por el contrario, el luchar por su realización, por el camino revolucionario. El programa de la revolución próxima en la U.R. S.S. lo determinan, por una parte, nuestra apreciación de la U.R.S.S. en tanto que hecho histórico objetivo, por otra, la norma del Estado obrero. Nosotros no decimos: “Todo está perdido; hay que volver a empezar”. Claramente mostramos

los elementos del Estado obrero que en la etapa actual pueden ser salvados, conservados y desarrollados.

Quien intente mostrar ahora que el pacto germano-soviético cambia nuestra apreciación del Estado soviético, en el fondo se coloca en la postura de la Komintern; más precisamente, en la postura que ayer tuvo la Komintern. La misión histórica de un Estado obrero, según esa lógica, sería la lucha por la democracia imperialista. La "traición" a las democracias en favor del fascismo privan a la U.R.S.S. del título de Estado obrero. En realidad, la firma del tratado con Hitler sólo sirve para medir una vez más el grado de descomposición de la burocracia soviética y de su desprecio por la clase obrera mundial, inclusive la Komintern; pero no da ninguna razón para revisar la apreciación sociológica de la U.R.S.S.

¿Divergencias Políticas o Terminológicas?

Comencemos por plantear la cuestión de la naturaleza del Estado soviético, no en el plano sociológico abstracto, sino en el de las tareas políticas concretas. Aceptemos, como principio, que la burocracia es una nueva "clase" y que el actual régimen de la U.R.S.S. es un sistema especial de explotación de clases. ¿Qué nueva conclusión política se desprende, para nosotros, de estos conceptos? La Cuarta Internacional ha reconocido desde hace largo tiempo la necesidad de derrocar la burocracia por medio de la insurrección revolucionaria de los trabajadores. Quienes declaran que la burocracia es una nueva "clase" explotadora no proponen, ni podrían proponer en lo absoluto nada distinto. La finalidad del derrocamiento de la burocracia es el restablecimiento del poder de los soviets, una vez extirpada de ellos la actual burocracia. Los críticos de izquierda ni proponen ni podrían proponer nada que no sea eso. (*) La tarea de los soviets regenerados será el apoyo

(*).—Recordemos que algunos camaradas, inclinados a considerar la burocracia como una nueva clase, al mismo tiempo se opusieron a la exclusión de la burocracia de los soviets.

a la revolución internacional y la edificación de la sociedad socialista. El derrocamiento de la burocracia presupone, por consiguiente, el mantenimiento de la propiedad estatizada y de la economía planeada. Aquí es donde reside el meollo de todo el problema.

Claro que la repartición de las fuerzas productivas entre las distintas ramas de la industria y en general todo el contenido del plan, cambiarán radicalmente cuando éste se halle determinado por los intereses, no de los burócratas, sino de los productores mismos. Mas como, a pesar de todo, se trata del derrocamiento de la oligarquía parasitaria, pero sin perjuicio de mantener la propiedad nacionalizada (estatal), nosotros calificamos la futura revolución como **política**. Algunos de nuestros críticos (Ciliga, Bruno R., etc.), quieren a cualquier precio calificar la futura revolución como **social**. Aceptemos esta denominación. ¿Qué cambia ella, en el fondo? A las tareas de la revolución que hemos enumerado, no añade absolutamente nada.

Nuestros críticos, por regla general, toman los hechos tal como nosotros los hemos establecido desde hace largo tiempo. En el fondo, no añaden absolutamente nada a la apreciación de la situación de la burocracia en la sociedad soviética, de las relaciones entre ella y los trabajadores o del papel del Kremlin en la arena internacional. En todo ese dominio, no sólo no corrigen ellos nuestro análisis, sino que, por el contrario, se apoyan enteramente sobre él y aun se limitan exclusivamente a él. Nos acusan solamente de no extraer las "conclusiones" necesarias. Del examen se desprende, sin embargo, que esas conclusiones tienen un carácter puramente terminológico. Nuestros críticos se rehusan a calificar un Estado obrero degenerado como Estado obrero. Exigen que se designe a la burocracia totalitaria como clase dirigente. Proponen que se considere la revolución contra esta burocracia, no como política, sino como social. Si nosotros les acordáramos

mos esas concesiones terminológicas, colocaríamos a nuestros críticos en una situación extremadamente difícil, ya que no sabrían qué hacer con su victoria, puramente verbal.

Verifiquémonos una vez más.

Por ello sería un monstruoso absurdo romper con camaradas que si bien en la cuestión de la naturaleza sociológica de la U.R.S.S., sostienen otra opinión, son con nosotros solidarios en lo que ve a las tareas políticas. Pero, por otra parte, sería ceguera el ignorar desacuerdos puramente teóricos, aun terminológicos, si en la evolución ulterior pueden ellos revestirse de carne y de sangre, y conducir a conclusiones políticas absolutamente distintas. Así como el ama de casa no tolera que se acumulen las telarañas ni el polvo, el partido revolucionario no puede soportar la falta de claridad, la confusión, la ambigüedad. ¡Hay que tener la casa limpia!

Para ilustrar nuestro pensamiento, recordemos la cuestión de termidor. Durante largo tiempo, afirmamos que termidor sólo se preparaba en la U.R.S.S., pero que no se había realizado todavía. En seguida, habiendo dado a la analogía con termidor un carácter más preciso y más cavilado, llegamos a la conclusión de que termidor había sido ya sobrepasado. Esta corrección franca de nuestro error no provocó en nuestras filas el menor trastorno. ¿Por qué? Porque todos nosotros habíamos apreciado del mismo modo la esencia de los procesos que se desarrollaban en la Unión Soviética, al seguir en común, día a día, el crecimiento de la reacción. Para nosotros, sólo se trataba de una precisión de la analogía histórica, no más. Espero que aun ahora, a pesar del intento de ciertos camaradas de fomentar divergencias en la cuestión de la “defensa de la U.R.S.S.” —ya hablaremos de ello adelante— lograremos, por medio de una sencilla precisión de nuestras

ideas, mantenernos unánimes en el terreno del programa de la Cuarta Internacional.

¿Tumor o Nuevo Organó?

Nuestros críticos han invocado, más de una vez, el hecho de que la actual burocracia soviética se parece muy poco a la burocracia obrera o burguesa de la sociedad capitalista; que, en una proporción todavía mayor que la burocracia fascista, representa ella una nueva formación social extremadamente poderosa. Es absolutamente justo, y jamás hemos cerrado nosotros los ojos a ese respecto. Pero si se reconoce que la burocracia soviética es una “clase”, es preciso también decir que esa clase no tiene absolutamente nada semejante a todas las clases poseedoras que hemos conocido en lo pasado: la ventaja, por lo tanto, no es grande. Con frecuencia llamamos la burocracia soviética una casta, subrayando por este medio el espíritu de corporación, la arbitrariedad y la arrogancia de una capa dirigente que considera que su origen remonta a la boca divina de Brahma, mientras que las masas populares sólo vienen de partes mucho más bajas del divino cuerpo. Pero aun ese término carece con seguridad de carácter científico estricto. Su relativa ventaja consiste en que el carácter convencional de la denominación es claro para todo mundo, ya que no ocurrirá a la mente de nadie el identificar la oligarquía de Moscú con la casta hindú de los brahmanes. La vieja terminología sociológica no preparó ni podía preparar una denominación para un fenómeno social nuevo, que se encuentra en proceso de desarrollo (degeneración) y no toma formas estables. Todos nosotros, sin embargo, continuamos nombrando burocracia la burocracia soviética, sin olvidar por ello sus peculiaridades históricas. Desde nuestro punto de vista, eso basta por ahora.

Científica y políticamente —y no en el plano puramente terminológico— la cuestión se plantea así: ¿Representa la bu-

rocracia una **excrecencia** temporal al organismo social o bien esa excrecencia se ha mudado en un **órgano** históricamente necesario? Una deformidad social puede ser resultado de una combinación "accidental" (es decir, temporal y excepcional) de circunstancias históricas. Un órgano social (y esto es cualquier clase, inclusive la explotadora) sólo puede formarse como consecuencia de profundas necesidades internas de la producción misma. Si no respondemos a esta cuestión, toda la querrela se transforma en un estéril palabreo.

Putrefacción Precoz de la Burocracia.

La justificación histórica de cualquier clase dominante ha sido que el sistema a cuya cabeza se encuentra ha elevado a un nuevo escalón el desarrollo de las fuerzas productivas. Es indudable que el régimen soviético ha dado un impulso poderoso a la economía. Pero el origen de ese impulso fué la nacionalización de los medios de producción y el principio de planeación, y de ningún modo el hecho de que la burocracia hubiese usurpado el mando de la economía. Por el contrario, el burocratismo, en tanto que sistema, se ha vuelto el peor freno para el desarrollo técnico y de cultura del país. Ese hecho fué ocultado hasta hace cierto tiempo por la circunstancia de que la economía soviética, durante dos decenas de años, ha introducido y se ha apropiado la técnica y la organización de la producción de los países capitalistas avanzados. El período de los empréstitos y de las imitaciones se acomodó más o menos bien con el automatismo burocrático, es decir, con el estrangulamiento de la iniciativa y de la creación. Pero mientras más se elevó la economía, más complejas se tornaron sus exigencias, y más se convirtió el régimen burocrático en un obstáculo intolerable. Las contradicciones que se exacerban continuamente entre sí, conducen a convulsiones políticas incesantes, al exterminio sistemático de los elementos creado-

res mejor dotados en todo los dominios de la actividad. Así, antes de que la burocracia haya podido secretar de sí una "clase dominante", ha caído en una contradicción intolerable con las exigencias de la evolución. Eso se explica precisamente por el hecho de que la burocracia es, no el vehículo de un nuevo sistema de economía, que le sea propio, imposible sin ella, sino una excrecencia parasitaria a un Estado obrero.

Condiciones del Poder y de la Decadencia de la Burocracia.

La oligarquía soviética posee todos los vicios de las antiguas clases dominantes, pero carece de la misión histórica de ellas. En la degeneración burocrática del Estado soviético encuentran expresión, no las leyes generales de la sociedad contemporánea en su paso del capitalismo al socialismo, sino una infracción especial, excepcional y temporal de esas leyes, en las condiciones del estado atrasado del país revolucionario y de su cerco capitalista. La falta de bienes de consumo y la lucha general por su posesión engendran un gendarme que toma sobre sí las funciones de reparto. La presión hostil del exterior pone en manos del gendarme el papel de "defensor" del país, le otorga una autoridad nacional y le permite pillar doblemente el país.

Las dos condiciones del poder de la burocracia —el estado atrasado del país y el cerco imperialista— tienen, sin embargo, un carácter temporal y transitorio y deben desaparecer con la victoria de la revolución internacional. Los economistas burgueses mismos han calculado que con una economía planeada sería posible elevar rápidamente la renta nacional de los Estados Unidos a doscientos mil millones de dólares por año y asegurar así a toda la población, no sólo la satisfacción de las necesidades fundamentales, sino también un verdadero confort. Por otra parte, la revolución internacional pondría término a todo peligro exterior, causa suplemen-

taria de burocratización. La desaparición de la necesidad de gastar una parte enorme de la renta nacional en armamento elevaría todavía más el nivel de vida y de cultura de las masas. Si estas dos condiciones se cumplieran, la necesidad del gendarme repartidor desaparecería por sí misma. La autoridad estatal sería muy rápidamente reemplazada por la administración de una gigantesca cooperativa. Para una nueva clase dominante y para un nuevo régimen de explotación situado entre capitalismo y socialismo, no quedaría sitio.

¿Y si la Revolución Socialista no se Realiza?

La declinación del capitalismo ha alcanzado límites extremos, lo mismo que la de la antigua clase dominante. Este sistema no puede existir más tiempo. Las fuerzas productivas deberán organizarse según un plan. Pero, ¿quién desempeñará ese trabajo: el proletariado o una nueva clase dominante de "comisarios": políticos, administradores y técnicos? La experiencia histórica testimonia, según la opinión de algunos razonadores, que es preciso no esperar nada del proletariado. Se reveló "incapaz" de prevenir la guerra imperialista pasada, cuando las premisas materiales de la revolución socialista existían ya. Los éxitos del fascismo, después de la guerra, fueron de nuevo resultado de la "incapacidad" del proletariado para sacar la sociedad capitalista del callejón sin salida. La burocratización del Estado soviético fué a su vez resultado de la "incapacidad" del proletariado para dirigir por sí mismo la sociedad por el camino democrático. La revolución española fué estrangulada por las burocracias fascistas y stalinista, ante los ojos del proletariado mundial. En fin, el último eslabón de esta cadena es la nueva guerra imperialista, cuya preparación se ha realizado con entera franqueza, con la completa impotencia del proletariado mundial. Si se adopta esta concepción, es decir, si se reconoce que el proletariado carece

de fuerza para realizar la revolución socialista, la tarea entonces ineludible de la estatización de las fuerzas productivas será naturalmente desempeñada por algún otro. Precisamente, ¿por quién? Por una nueva burocracia, que reemplazará a la burguesía en putrefacción como nueva clase dominante en escala mundial. Así es como comienzan por plantear la cuestión los "izquierdistas" que no se contentan con querellas de palabras.

La Actual Guerra y el Destino de la Sociedad Contemporánea.

Por la marcha misma de las cosas, la cuestión se plantea ahora de modo enteramente concreto. La segunda guerra mundial ha comenzado. Representa la confirmación irrefutable de que la sociedad no puede ya vivir dentro de las condiciones del capitalismo. Por eso mismo somete al proletariado a una nueva prueba, quizás decisiva.

Si esta guerra provoca, como lo creemos firmemente, la revolución proletaria, conducirá inevitablemente al derrumbe de la burocracia en la U.R.S.S. y a la regeneración de la democracia soviética, sobre una base económica y de cultura mucho más alta que en 1918. En este caso, la cuestión de saber si la burocracia stalinista es una "clase" o una excrescencia a un Estado obrero, será resuelta por sí misma. A todos y a cada uno parecerá claro que en el curso del desarrollo de la revolución internacional, la burocracia soviética no habrá sido más que una reincidencia **episódica**.

Si se admite, sin embargo, que la actual guerra no provocará la revolución, sino la declinación del proletariado, entonces queda el otro aspecto de la alternativa: la putrefacción ulterior del capitalismo monopolista, su compenetración con el Estado y la substitución de la burocracia, en donde hubiere subsistido, por un régimen totalitario. La incapacidad del proletariado para tomar en sus manos la dirección de la

sociedad conduciría realmente, en esas condiciones, a la aparición de una nueva clase explotadora proveniente de la burocracia bonapartista y fascista. Sería, según todas las apariencias, un régimen de declinación que significaría el ocaso de la civilización.

Un resultado análogo podría también sobrevenir en caso de que el proletariado de los países capitalistas avanzados, después de haber conquistado el poder, resultase incapaz de conservarlo y lo cediera —como en la U.R.S.S.— a una burocracia privilegiada. Nos veríamos entonces obligados a reconocer que la causa de la reincidencia burocrática radica, no en el estado atrasado del país ni en el cerco imperialista, sino en una incapacidad orgánica del proletariado para devenir clase dirigente. Sería entonces preciso establecer retrospectivamente que por ese rasgo fundamental la U.R.S.S. actual era una precursora del nuevo régimen de explotación a escala mundial.

Hémos aquí muy lejos de las querellas terminológicas sobre el título del Estado soviético. Que nuestros críticos no protesten: es sólo colocándose a la distancia histórica necesaria que es posible forjar un juicio correcto sobre una cuestión de tal magnitud como la substitución de un régimen social por otro. Meditada hasta su extremo, la alternativa histórica es la siguiente: o el régimen stalinista es una repugnante reincidencia en el proceso de transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista, o el régimen stalinista es la primera etapa de una nueva sociedad de explotación. Si el segundo pronóstico se revela exacto, la burocracia se convertirá, naturalmente, en una nueva clase explotadora. Por dura que sea esta segunda perspectiva, si el proletariado mundial resultara realmente incapaz de desempeñar la misión que han hecho recaer sobre él los acontecimientos, no tendríamos más que reconocer que el programa socialista, edificado sobre las contradicciones internas de la sociedad capita-

lista, era una utopía. Sería preciso, naturalmente, un nuevo programa “mínimo”, —por la defensa de los intereses de los esclavos de la sociedad burocrática totalitaria.

¿Existen, sin embargo, datos objetivos de tal modo sólidos o siquiera convincentes que nos obliguen a renunciar a la perspectiva de la revolución socialista? Todo el problema está ahí.

La Teoría del “Colectivismo Burocrático”.

Poco después del arribo de Hitler al poder, el “comunista de izquierda” alemán Hugo Urbahns llegó a la conclusión de que en lugar del capitalismo venía una nueva era histórica de “capitalismo de Estado”. Primeros ejemplos de ese régimen: Italia, la U.R.S.S., Alemania. Urbahns, sin embargo, no extraía conclusiones políticas de su teoría. Recientemente, el “comunista de izquierda” italiano Bruno R., quien perteneció antes a la Cuarta Internacional, llegó a la conclusión de que en lugar del capitalismo venía un “colectivismo burocrático”. (*) La nueva burocracia es una clase, su actitud para con los trabajadores es una explotación colectiva, los proletarios se cambian en esclavos del explotador totalitario.

Bruno R. coloca en el mismo saco la economía planeada de la U.R.S.S., el fascismo, el nacional-socialismo y el “New Deal” de Roosevelt. Todos esos regímenes poseen, indudablemente, rasgos comunes que, en resumidas cuentas, son determinados por las tendencias colectivistas de la economía contemporánea. Desde antes de la revolución de octubre, Lenin había formulado las principales particularidades del capitalismo imperialista: concentración gigantesca de las fuerzas productivas, compenetración del capital monopolista y el Estado, tendencia orgánica a la dictadura como resultado de esa compenetración. Los rasgos de centralización y de colectivización

(*).—Bruno R.—“La Bureaucratization du Monde”.—Paris.—1939.—Págs. 350.

determinan a la vez la política de la revolución y la de la contrarrevolución; pero eso no significa en modo alguno que entre la revolución, terrordismo, el fascismo y el “reformismo” norteamericano se pueda colocar un signo de igualdad. Bruno ha cogido el hecho de que las tendencias a la colectivización toman, como consecuencia de la postración política de la clase obrera, forma de “colectivismo burocrático”. El fenómeno en sí mismo es indiscutible. Pero, ¿en dónde se hallan sus límites, y cuál es su peso histórico? Lo que para nosotros es una deformación del período transitorio, resultado del desarrollo desigual de diversos factores del proceso social, Bruno R. lo toma por formación independiente, en la que la burocracia es la clase dominante. Bruno R. tiene, en todo caso, la ventaja de intentar transportar la cuestión, del círculo vicioso de los raciocinios terminológicos al plano de las grandes generalizaciones históricas. Tanto más fácil resulta descubrir su error.

Al igual que numerosos ultraizquierdistas, Bruno R. identifica en su esencia stalinismo y fascismo. Por una parte, la burocracia soviética se ha apropiado los métodos políticos del fascismo; por otra, la burocracia fascista, que se limita todavía a medidas “parciales” de intervención estatal, se aproxima y pronto alcanzará una completa estatización de la economía. La primera afirmación es absolutamente justa. Errónea es la afirmación de Bruno de que el “anti-capitalismo” fascista sea capaz de ir hasta la expropiación de la burguesía. Las medidas “parciales” de intervención estatal y de nacionalización se diferencian, en lo fundamental, de la economía estatal planeada, del mismo modo como las reformas se distinguen de la revolución. Mussolini e Hitler no hacen más que “coordinar” los intereses de los poseedores y “normar” la economía capitalista, por lo demás, ante todo con objetivos militares. Otra cosa es la oligarquía del Kremlin: ella tiene la posibilidad de dirigir la economía como un todo únicamente porque la clase obrera de Rusia ha realizado la más grande

revolución de la historia en las relaciones de propiedad. Es imposible perder de vista esta diferencia.

Si se admite hasta que stalinismo y fascismo, desde dos lados diferentes, conducirán un día a un solo y mismo tipo de sociedad de explotación (“colectivismo burocrático”, según la terminología de Bruno R.), todo eso de ningún modo hace que salga la humanidad del callejón sin salida. La crisis del sistema capitalista es provocada, no sólo por el papel reaccionario de la propiedad privada, sino también por el papel no menos reaccionario del Estado nacional. Si los diversos gobiernos fascistas lograran crearse un sistema de economía planeada —y sin tener en cuenta los movimientos revolucionarios del proletariado, inevitables, en resumidas cuentas— la lucha entre los Estados totalitarios por la dominación mundial se mantendría y aun se acrecentaría extremadamente. Las guerras devorarían los frutos de la economía planeada y destruirían las bases de la civilización. Bertrand Russell supone, es cierto, que algún Estado victorioso podría, a consecuencia de la guerra, unificar entre las pinzas totalitarias al mundo entero. Pero aun cuando semejante hipótesis se realizara, lo que es más que dudoso, la “unificación” militar no tendría una estabilidad mayor que la paz de Versalles. Las insurrecciones nacionales y las represiones se acabarían por una nueva guerra mundial que podría convertirse en tumba de la civilización. No son nuestros deseos subjetivos, sino la realidad objetiva la que dice que la salida única para la humanidad es la revolución socialista internacional. El otro término de alternativa es la reincidencia en la barbarie.

El Proletariado y su Dirección.

A la cuestión de la interrelación entre la clase y su dirección, consagraremos pronto un artículo especial. Aquí nos limitaremos a lo indispensable. Sólo los “marxistas” vulgares

que piensan que la política es el “reflejo” directo e inmediato de la economía, pueden creer que la dirección refleja directa e inmediatamente la clase. En realidad, la dirección, habiéndose elevado por encima de la clase oprimida, cae infaliblemente bajo la presión de la clase dominante. La dirección de los sindicatos norteamericanos, por ejemplo, “refleja”, no tanto el proletariado cuanto la burguesía. La selección y la educación de una verdadera dirección revolucionaria, capaz de resistir la presión de la burguesía, es tarea excepcionalmente difícil. La dialéctica del proceso histórico se ha expresado del modo más claro en el hecho de que el proletariado del país más atrasado, Rusia, produjo, en ciertas condiciones históricas, la dirección más perspicaz y más audaz. Por el contrario, en el país de civilización capitalista más antigua, la Gran Bretaña, todavía hoy existe la dirección más limitada y servil.

La crisis de la sociedad capitalista que tomó en julio de 1914 un carácter franco, provocó desde el primer día una crisis aguda en la dirección proletaria. En los veinticinco años transcurridos desde entonces, el proletariado de los países capitalistas avanzados todavía no ha creado una dirección que esté a la altura de las tareas de nuestra época. La experiencia de Rusia testimonia, sin embargo, que semejante dirección puede crearse (lo que no significa, claro es, que estará garantizada contra la degeneración). La cuestión, por lo tanto, se plantea así: ¿La necesidad histórica objetiva se abrirá, en fin, un camino en la conciencia de la vanguardia de la clase obrera; es decir, una verdadera dirección revolucionaria, capaz de llevar el proletariado hasta la conquista del poder se formará en el proceso de esta guerra y de los hondos sacudimientos que de ella saldrán?

La Cuarta Internacional ha contestado afirmativamente a esa cuestión, no sólo por medio del texto de su programa, sino también por el hecho mismo de su existencia. Por el contrario, los representantes desilusionados y atemorizados del

pseudomarxismo de toda laya, parten del hecho de que la bancarrota de la dirección sólo “refleja” la incapacidad del proletariado para desempeñar su misión revolucionaria. No todos nuestros adversarios expresan claramente este pensamiento. Todos, sin embargo, —ultraizquierdistas, centristas, anarquistas, sin ni siquiera hablar de stalinistas y socialdemócratas— trasladan la responsabilidad de las derrotas, de sí mismos al proletariado. Ninguno entre ellos indica en qué condiciones exactamente sería capaz el proletariado de realizar la revolución socialista.

Si se acepta que la causa de las derrotas son las cualidades sociales del proletariado mismo, es preciso reconocer entonces que la situación de la sociedad contemporánea es desesperada. En las condiciones del capitalismo en putrefacción, el proletariado no crece ni en número ni en cultura. Por eso no habría razón para esperar que se elevara jamás al nivel de las tareas revolucionarias. La cuestión se presenta de modo completamente distinto para quien observa el profundo antagonismo entre la aspiración orgánica honda, irresistible de las masas trabajadoras por arrancarse al sanguinario caos capitalista y el carácter conservador, patriótico, enteramente burgués de una dirección que se sobrevive. Entre esas dos concepciones irreconciliables, es preciso elegir.

La Dictadura Totalitaria es una Situación de Crisis Aguda y no un Régimen Estable.

La revolución de octubre no fué una casualidad. Había sido prevista con largo tiempo de adelanto. La degeneración no refuta la previsión, ya que los marxistas no pensaron jamás que un Estado obrero aislado en Rusia pudiese mantenerse indefinidamente. Ciertamente, habíamos contado más bien con el hundimiento del Estado obrero que con su degeneración. Para expresarnos más exactamente, no habíamos he-

cho distinción estricta entre esas dos posibilidades; pero no se contradicen de ningún modo una a la otra. La degeneración, inevitablemente debe, en cierta etapa, terminarse por el hundimiento.

Un régimen totalitario, de tipo stalinista o fascista, no puede ser, por su esencia misma, más que un régimen temporal, transitorio. La dictadura ha sido, generalmente, en la historia, resultado y signo de una crisis social particularmente aguda, y no de un régimen estable. Una crisis aguda no puede ser un estado permanente de la sociedad. El Estado totalitario puede, durante cierto tiempo, ahogar las contradicciones sociales, pero no es capaz de perpetuarse. Las depuraciones monstruosas en la U.R.S.S. son el testimonio más convincente de que la sociedad soviética, intenta orgánicamente arrojar de sí a la burocracia.

Hecho asombroso, precisamente en las depuraciones stalinistas ve Bruno R. la prueba de que la burocracia se ha convertido en clase dirigente, ya que sólo una clase dirigente es capaz, en su opinión, de medidas de tal magnitud (*). Olvida, sin embargo, que el zarismo, que no era una "clase", se permitía también medidas de depuración bastante amplias; por lo demás, precisamente durante el período en que se aproximaba a su fin. Por su amplitud y su monstruosa mentira, las depuraciones de Stalin no atestiguan nada más que la incapacidad de la burocracia para transformarse en clase dominante estable, y son síntomas de su cercana agonía. ¿No caeríamos nosotros en una situación ridícula, si atribuyésemos a la oligarquía bonapartista el nombre de nueva clase dirigente, unos años o tal vez unos meses antes de su lamentable

(*).—Ciertamente, en la última parte su libro, que contiene contradicciones fantásticas, Bruno R. refuta de modo enteramente consciente y puntual su propia teoría del "colectivismo burocrático", expuesta en la primera parte del libro, y declara que stalinismo, fascismo y nazismo son deformaciones transitorias y parasitarias, castigo histórico de la impotencia del proletariado; en otros términos, después de haber sometido las concepciones de la Cuarta Internacional a la más viva crítica, Bruno R. vuelve súbitamente a sus concepciones, pero sólo para entrar en una nueva serie de yerros. Ninguna razón tenemos para seguir paso a paso a un escritor que ostensiblemente ha perdido el equilibrio. Lo que nos interesa son los argumentos con que intenta cimentar su concepción de la burocracia como clase.

caída? Este único modo de plantear claramente la cuestión debe, en nuestra opinión, prevenir a los camaradas contra las experiencias terminológicas y la generalización demasiado apresuradas.

La Orientación hacia la Revolución Internacional y la Regeneración de la U.R.S.S.

Un cuarto de siglo resultó un plazo demasiado corto para el rearme revolucionario de la vanguardia proletaria internacional y demasiado largo para el mantenimiento del sistema soviético en un país atrasado y aislado. La humanidad paga ahora por ello con una nueva guerra imperialista. La tarea fundamental de nuestra época, sin embargo, no ha cambiado, por la sencilla razón de que no ha sido resuelta. El enorme activo del cuarto de siglo transcurrido y la prenda inapreciable para el porvenir consisten en que un destacamento del proletariado mundial ha conseguido mostrar en hechos cómo puede resolverse la tarea.

La segunda guerra imperialista plantea la tarea que no había sido resuelta, en un nivel histórico más alto. Somete a nueva prueba no sólo la estabilidad de los regímenes existentes, sino también la capacidad del proletariado para tomar el sitio de ellos. Los resultados de esta prueba indudablemente tendrán una importancia decisiva para nuestra apreciación de la época contemporánea en tanto que época de la revolución proletaria. Si, a despecho de todas las verosimilitudes, en el curso de la actual guerra o inmediatamente después de ella, la revolución de octubre no encontrara su continuación en alguno de los países avanzados; si, por el contrario, el proletariado se encontrara por doquier arrojado hacia atrás, entonces indudablemente tendríamos que plantear la cuestión de revisar nuestra concepción de la época actual y de sus fuerzas motrices. Por lo demás, no se trataría de saber

qué marbete escolar adosar a la U.R.S.S. o a la pandilla stalinista, sino cómo apreciar la perspectiva histórica mundial de las próximas decenas de años y aun siglos: ¿Hemos entrado en la época de la revolución social y de la sociedad socialista o en la época de la sociedad declinante de la burocracia totalitaria?

El doble error de los esquematistas de la clase de Hugo Urbahns y de Bruno R. consiste en que, primero, proclaman que este último régimen ha llegado ya definitivamente; segundo, declaran que él constituirá una larga situación intermedia de la sociedad entre el capitalismo y el socialismo. Sin embargo, es absolutamente evidente que si el proletariado internacional, como consecuencia de la experiencia de toda nuestra época y de la actual nueva guerra, se mostrara incapaz de convertirse en amo de la sociedad, eso significaría el hundimiento de todas las esperanzas de revolución socialista, ya que es imposible esperar otras condiciones más favorables para ella; en todo caso, nadie puede preverlas desde ahora, ni caracterizarlas.

Los marxistas no poseen el menor derecho (si no se considera como un "derecho" la decepción y la fatiga) de sacar la conclusión de que el proletariado ha usado sus posibilidades revolucionarias y debe renunciar a pretender dominar la próxima época. Veinte años en la balanza de la historia, cuando se trata del profundo cambio de los sistemas económicos y de cultura, son menos que una hora en la vida de un hombre. ¿Qué vale el hombre que a causa de fracasos empíricos durante una hora o un día, renuncia a la finalidad que se ha propuesto a base de la experiencia y el estudio de toda su vida anterior? Durante los años de la sombría reacción rusa (1907-1917) contábamos nosotros con las posibilidades revolucionarias que el proletariado ruso había manifestado en 1905. En los años de la reacción mundial, debemos contar con las posibilidades que el proletariado ruso ha ma-

nifestado en 1917. No por casualidad se llama la Cuarta Internacional partido mundial de la revolución socialista. Nuestra ruta queda inmutable, mantenemos la orientación hacia la revolución internacional y, por ello mismo, hacia la regeneración de la U.R.S.S. en tanto que Estado obrero.

La Política Exterior es Continuación de la Política Interior.

¿Qué defendemos nosotros en la U.R.S.S.? No aquello por lo que ella se asemeja a los países capitalistas, sino aquello por lo que de ellos se distingue. En Alemania también, nosotros predicamos la insurrección contra la burocracia dirigente; pero sólo para derrocar directamente la propiedad capitalista. En la U.R.S.S. el derrocamiento de la burocracia es necesario para mantener la propiedad estatal. Sólo en ese sentido es que estamos por la defensa de la U.R.S.S.

Nadie duda entre nosotros que los obreros soviéticos deben defender la propiedad estatal, no sólo contra el parasitismo de la burocracia, sino también contra las tendencias a la propiedad privada de parte, por ejemplo, de la burocracia koljociana. La política exterior, sin embargo, es la continuación de la política interior. Si en política interior unimos nosotros la defensa de las conquistas de la revolución de octubre con una lucha implacable contra la burocracia, lo mismo debemos hacer en política exterior. Ciertamente, Bruno R., partiendo de la afirmación de que el "colectivismo burocrático" ha vencido ya en toda la línea, nos asegura que nadie amenaza la propiedad estatal, ya que Hitler (¿y Chamberlain?) está tan interesado en ella como Stalin. Por desgracia, las seguridades de Bruno R. están formuladas a la ligera. En caso de victoria, Hitler comenzará probablemente por exigir el retorno a los capitalistas alemanes de los bienes que les fueron expropiados; en seguida, asegurará el mismo retorno de los bienes a los ingleses, franceses y belgas, a fin de llegar a

un acuerdo con ellos respecto de la U.R.S.S.; en fin, convertirá a Alemania en accionista de las más importantes empresas de la U.R.S.S., en interés de la maquinaria militar alemana. Actualmente, Hitler es aliado y amigo de Stalin; pero si Hitler, con ayuda de Stalin, sale victorioso en el frente occidental, volteará mañana sus armas en contra de la U.R.S.S. En fin, Chamberlain mismo se conducirá, llegado el caso, poco diferentemente de Hitler.

Defensa de la U.R.S.S. y Lucha de Clases.

Los errores en la cuestión de la defensa de la U.R.S.S. se desprenden lo más frecuentemente de una comprensión incorrecta de los métodos de la "defensa". La defensa de la U.R.S.S. no significa en modo alguno acercamientos a la burocracia del Kremlin, aceptaciones de su política o conciliaciones con la política de sus aliados. En esta cuestión, como en las otras, nos quedamos enteramente sobre el terreno de la lucha de clases internacional.

La revista francesa *Que faire?* escribía recientemente: Puesto que los "trotskystas" son derrotistas en lo que concierne a Francia y a Inglaterra, por eso mismo son derrotistas también en lo que concierne a la U.R.S.S. En otras palabras: Si queréis defender a la U.R.S.S., debéis dejar de ser derrotistas en lo que concierne a sus aliados imperialistas. *Que faire?* contaba con que los aliados de la U.R.S.S. serían las "democracias"; lo que digan ahora esos listos, no lo sabemos. Por lo demás, eso carece de importancia porque es su método mismo el que adolece de vicio. Renunciar al derrotismo en lo que concierne al campo imperialista, al que se une o se unirá mañana la U.R.S.S., significa empujar a los obreros del campo opuesto hacia el lado de sus gobiernos; eso significa renunciar al derrotismo en general. El abandono del derrotismo en las condiciones de la guerra imperialista equivale

al abandono de la revolución socialista. El abandono de la revolución —en nombre de la "defensa" de la U.R.S.S.— destinaría a la U.R.S.S. a la putrefacción definitiva y a la ruina.

La "defensa" de la U.R.S.S., según la interpretación de la Komintern, así como la "lucha contra el fascismo" de ayer, están fundadas en el abandono de toda política independiente de clase. El proletariado se vuelve —por motivos diversos, en diversas condiciones, pero siempre e invariablemente— una fuerza de apoyo de uno de los campos burgueses contra el otro. En oposición a eso, algunos de nuestros camaradas dicen: Puesto que nosotros no queremos cambiarnos en instrumentos de Stalin y de sus aliados, renunciamos a la defensa de la U.R.S.S. Sin embargo, por ese camino sólo demuestran que su comprensión de la "defensa" coincide, en el fondo, con la de los oportunistas; no piensan en la política independiente del proletariado. En realidad, nosotros defendemos a la U.R.S.S. como defendemos a las colonias, como resolvemos todas nuestras tareas, no por el sostenimiento de ciertos gobiernos imperialistas contra otros, sino por el método de la lucha de clases internacional, en las colonias como en las metrópolis.

Nosotros no somos un partido gubernamental; somos un partido de oposición implacable, no sólo en los países capitalistas sino también en la U.R.S.S. Nosotros realizamos nuestras tareas, inclusive la "defensa de la U.R.S.S.", no por intermedio de los gobiernos burgueses, ni siquiera por el del gobierno de la U.R.S.S., sino exclusivamente por medio de la educación de las masas, por medio de la agitación, explicando a los obreros lo que es preciso defender y lo que es preciso derrocar. Semejante "defensa" no puede producir resultados milagrosos inmediatos. Tampoco lo pretendemos. Todavía somos una minoría revolucionaria. Nuestro trabajo debe tender a que los obreros cerca de quienes gozamos de influencia, aprecien correctamente los acontecimientos, no

se dejen tomar de improviso y preparen la opinión pública de su clase a la resolución revolucionaria de las tareas que se plantean ante nosotros.

La defensa de la U.R.S.S. coincide para nosotros con la preparación de la revolución internacional. Sólo están permitidos los métodos que no se oponen a los intereses de la revolución. La defensa de la U.R.S.S. está en la misma relación con la revolución socialista internacional en que está una tarea táctica respecto de una tarea estratégica. La táctica está sometida al fin estratégico y en ningún caso puede oponérsele.

La Cuestión de las Provincias Ocupadas

En los momentos en que escribimos estas líneas, la cuestión de la suerte de las provincias ocupadas por el Ejército Rojo todavía no está clara. Las informaciones telegráficas son contradictorias, ya que ambos lados mienten mucho; y las relaciones reales, en el terreno, se hallan sin duda extremadamente mal determinadas todavía. Cierta porción de los territorios ocupados entrará seguramente en el seno de la U.R.S.S. ¿Bajo qué forma exactamente?

Admitamos un instante que por el tratado con Hitler el gobierno de Moscú deje intactos en el territorio ocupado los derechos de la propiedad privada y se limite a un "control" de tipo fascista. Semejante concesión tendría un carácter profundamente principal y podría convertirse en punto de partida de un nuevo capítulo del régimen soviético, y por consecuencia también de una nueva apreciación, de parte nuestra, de la naturaleza del Estado soviético.

Es más verosímil, sin embargo, que en las provincias que deban formar parte de la U.R.S.S. el gobierno de Moscú introduzca medidas de expropiación de los grandes propietarios y de estatización de los medios de producción. Semejante

vía es más verosímil, no porque la burocracia sea fiel al programa socialista, sino porque no quiere ni puede compartir el poder y los privilegios que le son anejos con las viejas clases dominantes de las provincias ocupadas. Aquí se presenta espontáneamente una analogía. El primer Bonaparte paró la revolución con ayuda de la dictadura militar. Sin embargo, cuando las tropas francesas irrumpieron en Polonia, Napoleón firmó un decreto: "Queda abolido el derecho feudal sobre siervos". Esta medida fué dictada no por simpatías que Napoleón tuviese para los campesinos ni por principios democráticos, sino porque la dictadura de Bonaparte se apoyaba, no en la propiedad feudal, sino en la burguesa. Como la dictadura bonapartista de Stalin se apoya no sobre la propiedad privada sino sobre la estatal, la irrupción del Ejército Rojo en Polonia debe naturalmente traer la liquidación de la propiedad capitalista privada para poner así el régimen de los territorios ocupados en correspondencia con el régimen de la U.R.S.S.

Esa medida revolucionaria por su carácter —"la expropiación de los expropiadores"— se realiza, en este caso, por la vía militar y burocrática. El llamado a una actividad propia de las masas, en los nuevos territorios —y sin este llamado, aunque fuese muy prudente, es imposible establecer el nuevo régimen— será, sin duda alguna, aplastado mañana por medidas policíacas implacables, para asegurar la supremacía de la burocracia sobre las masas revolucionarias despiertas. Así se presenta uno de los aspectos de la cuestión. Pero hay otro. Para crear la posibilidad de la ocupación de Polonia, por medio de la alianza militar con Hitler, el Kremlin durante largo tiempo ha engañado y continúa engañando a las masas de la U.R.S.S. y del mundo entero, y ha llegado así hasta una completa desagregación de su propia Komintern. La regla fundamental de la política es para nosotros, no la transformación de la propiedad en tal o cual territorio particular,

por importante que sea en sí mismo, sino las transformaciones en las formas de la conciencia y de la organización del proletariado mundial, la elevación de su capacidad de defender las antiguas conquistas y de adquirir nuevas. Desde este punto de vista, único decisivo, la política de Moscú, tomada en su conjunto, conserva enteramente su carácter reaccionario y sigue siendo el principal obstáculo en la vía de la revolución socialista.

Nuestra apreciación general del Kremlin y de la Komintern no cambia, sin embargo, por el hecho particular de que la nacionalización de las formas de propiedad en los territorios ocupados sea en sí una medida progresista. Es preciso reconocerlo abiertamente. Si Hitler lanzara mañana sus tropas contra el Este, para restablecer en Polonia oriental el "orden", los obreros avanzados defenderían contra Hitler las nuevas formas de propiedad establecidas por la burocracia soviética bonapartista.

No Cambiamos la Orientación.

La estatización de los medios de producción, ya lo hemos dicho, es una medida progresista. Pero su progresividad es relativa. Su peso específico depende del conjunto de todos los otros factores. Así, es preciso establecer ante todo que la extensión del territorio de la autocracia y del parasitismo burocrático, cubierto de medidas "socialistas", puede acrecentar el prestigio del Kremlin, engendrar ilusiones sobre la posibilidad de reemplazar la revolución proletaria por maniobras burocráticas, etc. Este mal sobrepasa de lejos el contenido progresista de las reformas stalinistas en Polonia. Para que la nacionalización de la propiedad en las provincias ocupadas, lo mismo que en la U.R.S.S., se convierta en base de un desarrollo verdaderamente progresista, es decir, socialista, es necesario derrocar la burocracia de Moscú. Nuestro programa

conserva, por consiguiente, todo su vigor. Los acontecimientos no nos han tomado de improviso. Es preciso únicamente interpretarlos correctamente. Es preciso comprender claramente que en el carácter de la U.R.S.S. y de su situación internacional se encierran vivas contradicciones. Es imposible liberarse de esas contradicciones con ayuda de trucos terminológicos ("Estado obrero" — "Estado no obrero"). Es preciso tomar los hechos como son. Es preciso edificar la política partiendo de las relaciones y contradicciones reales.

No confiamos al Kremlin ninguna misión histórica. Estábamos y estamos contra la toma por el Kremlin de nuevos territorios. Estamos por la independencia de la Ucrania soviética y, si los rusoblanco lo quieren, de la Rusia Blanca soviética. Al mismo tiempo, en las partes de Polonia ocupadas por el Ejército Rojo, los partidarios de la Cuarta Internacional toman la parte más resuelta por la expropiación de los propietarios territoriales y capitalistas, en el reparto de la tierra a los campesinos, en la creación de soviets y de comités obreros, etc. Mantienen, por lo demás, su independencia política; luchan, en el momento de las elecciones a soviets y a comités de fábrica, por su completa independencia respecto de la burocracia, desarrollan la propaganda revolucionaria dentro de un espíritu de desconfianza para el Kremlin y su agencia local.

Imaginemos, sin embargo, que Hitler vuelva sus armas contra el Este e invada los dominios ocupados por el Ejército Rojo. En estas condiciones, los partidarios de la Cuarta Internacional, sin cambiar en nada su actitud frente a la oligarquía del Kremlin, pondrán en primer plano, como tarea ineludible del momento presente, la resistencia militar contra Hitler. Los obreros dirán: "No podemos encomendar a Hitler el derrocamiento de Stalin; esa es nuestra tarea". Durante la lucha revolucionaria contra Hitler, los obreros revolucionarios se esforzarán por entrar con los combatientes de base

del Ejército Rojo en las más estrechas relaciones amistosas posibles. Al mismo tiempo que lanzan golpes contra Hitler, los bolcheviques leninistas desarrollarán la propaganda revolucionaria contra Stalin, preparando su derrocamiento para la etapa siguiente más próxima posible.

Una "defensa de la U.R.S.S." de ese tipo estará tan distante como el cielo de la tierra de la defensa oficial que se desarrolla en estos momentos bajo la consigna: "¡Por la patria y por Stalin!" Nuestra defensa de la U.R.S.S. se desarrolla bajo la consigna: "¡Por el socialismo, por la revolución internacional, contra Stalin!". Para que esas dos formas de "defensa de la U.R.S.S." no se confundan en la conciencia de las masas, es menester saber formular clara y precisamente las consignas que corresponden a la situación concreta. Pero, ante todo, es menester establecer claramente **qué** defendemos, **cómo** lo defendemos, contra **quién** lo defendemos. Nuestras consignas lograrán no provocar confusión entre las masas, sólo en el caso de que nosotros nos representemos claramente nuestras tareas.

Conclusiones

En este momento, no tenemos ninguna razón para cambiar nuestra posición principal acerca de la U.R.S.S.

La guerra acelera los distintos procesos políticos. Puede acelerar el proceso de regeneración revolucionaria de la U.R.S.S. Pero también puede acelerar el proceso de su degeneración definitiva. Por eso es necesario seguir atentamente y sin prevención las transformaciones que la guerra introducirá en la vida interna de la U.R.S.S., para darse cuenta de ello oportunamente.

Nuestras tareas en las provincias ocupadas son en el fondo las mismas que en la U.R.S.S.; pero como los acontecimientos las plantean bajo forma extremadamente aguda,

nos ayudan ellas tanto mejor a aclarar nuestras tareas generales en cuanto a la U.R.S.S.

Es necesario formular nuestras consignas de tal modo que los obreros perciban claramente lo que defendemos exactamente en la U.R.S.S. (propiedad estatal y economía planeada) y contra qué luchamos implacablemente (burocracia parasitaria y su Komintern).

No hay que perder de vista ni por un momento que la cuestión del derrocamiento de la burocracia soviética está para nosotros subordinada a la cuestión del mantenimiento de la propiedad estatal de los medios de producción en la U.R.S.S.; que la cuestión del mantenimiento de la propiedad estatal de los medios de producción de la U.R.S.S. está para nosotros subordinada a la cuestión de la revolución proletaria internacional.

L. Trotsky.

Coyoacán, D. F., a 25 de septiembre de 1939.

La Guerra y el P. C. Mexicano

Por Francisco Zamora

La política del Partido Comunista de México, sección de la Tercera Internacional, se caracterizó siempre por su inestabilidad, por la inseguridad de su rumbo. Podría explicarse este fenómeno con ayuda de una analogía: como partido colista entre todos los de la Internacional, como uno de los que marchan más a la zaga de ésta, debido a su debilidad y falta de preparación teórica, describe a cada virada de la Komintern un arco proporcional a la distancia que lo separa de quienes marchan a la cabeza. Es, por lo demás, la suerte de todas las colas.

Nada tiene de extraño, en consecuencia, que la brusca conversión impresa por la burocracia stalinista a la política exterior de la U.R.S.S., a partir del 23 de agosto próximo pasado, se transmitiera al Partido Comunista de México bajo la forma de una serie de colazos espasmódicos, en el curso de los cuales ha perdido las últimas partículas de su crédito, junto con buena parte de los mal adheridos elementos que lo integraban.

Hacia mayo de 1935, el P. C. estaba en la oposición. Su líder máximo, Hernán Laborde, acusaba todavía al Gobierno de Cárdenas de ser continuador de "la política de sus predecesores, en una etapa superior del proceso de fascistización del mundo capitalista y de los preparativos bélicos"; así como de seguir "el programa de fascistización y reforzamiento del dominio yanqui en México, amparándose bajo el biombo de

las "Izquierdas" cardenistas, que es socialismo embustero y escandaloso". Pocos meses más tarde se celebró en Moscú el VII Congreso de la Internacional Comunista; Dimitrov pronunció ese discurso célebre que el oportunismo, por labios de uno de sus más caracterizados representantes mexicanos, equiparó en importancia al Manifiesto Comunista; y el P. C. de México inició la bordada más duradera y provechosa de su historia. Ungido por la logomaquia dimitroviana, que transformó en política revolucionaria "realista", "no esquemática", la táctica más infectamente colaboracionista de todos los tiempos, viró hacia el cardenismo, en busca de una "fórmula de transición", no hacia la revolución proletaria, sino hacia los empleos públicos y las prebendas que del Gobierno de Cárdenas podía obtener. Interpretó así, con un acierto infalible de que sólo es capaz el instinto, el sentido oculto de la nueva "doctrina" anunciada por Dimitrov.

A partir de las postrimerías de 1935, el Partido Comunista Mexicano se acercó, pues, al Estado, y a las organizaciones obreras reformistas, que éste había empezado a proteger, tras de la ruptura de Cárdenas con Calles. En febrero de 1936, se fundó la Confederación de Trabajadores de México, a la que ingresaron los comunistas a través de su raquílica organización sindical. Y desde entonces, salvo ciertas desagradables vicisitudes en sus relaciones con la C. T. M., el P. C. ha sido ejemplo de apetito burocrático, tanto como de docilidad política, pocas veces igualado, nunca superado en el país.

Ahora bien: la columna vertebral de la nueva estrategia de la Komintern, si nos atenemos no sólo al discurso de Dimitrov, sino a las intervenciones de Pieck y de Ercoli en el VII Congreso, fué la lucha contra el fascismo. El Partido Comunista de México, de acuerdo con su posición de zaguero, siguió el viraje de la Tercera Internacional, exagerándolo. La confusión ideológica imperante en el discurso de Dimitrov,

biblia del nuevo reformismo, favoreció esa amplificación del movimiento. Y fué así cómo, del frente popular, una noción velada en el informe dimitroveano por una especie de niebla mental, sacaron Laborde y sus satélites —porque hasta un enano mental y cultural como Laborde puede tenerlos— consignas oportunistas desvergonzadamente precisas, como la de “la unidad a toda costa, por encima de todo”; “fraternización con los católicos”, subordinación absoluta a la política del P. R. M., etc., etc.; todo ello para secundar a la Internacional “Comunista”, que según el informe de Laborde ante el VII Congreso del P. C. M., “lucha en todas partes por unir a los pueblos contra la agresión del fascismo y las torturas de la guerra”.

En una palabra, el Partido Comunista de México acentuó, aunque parezca imposible, la desvergonzada traición de la Komintern al marxismo; renunció sin pudor a su autonomía política; repudió hasta los restos de la fraseología clacista y revolucionaria que, como tristes despojos de un naufragio, flotan en el caótico discurso de Dimitrov; se hizo nacionalista y patriotero; extremó su lacayismo hacia los dirigentes de la política pequeñoburguesa, sin desaprovechar las ventajas burocráticas que su bajeza le proporcionó, explicando todas sus bochornosas renunciaciones y corrupciones como necesarias para la consecución de lo que fué objetivo principal de su actividad, desde la penúltima virada kominterneana: la lucha “sin descanso por la unión compacta, indestructible y combativa del pueblo mexicano, para barrer hasta la última posibilidad de triunfo del fascismo en México”.

Repudiando toda lucha de clases, reducida toda su acción a una monótona e ininteligente vociferación contra el fascismo, a pretexto de la cual se alquiló como claqué de los políticos pequeñoburgueses, sin distinción de matices, pues celosamente cuidó de que no se subrayaran “diferencias entre

izquierdas y derechas” y divisiones de ellos “en dos alas” —son palabras de Laborde— el P. C. M. logró un crecimiento numérico jamás previsto por él mismo. Un torrente de arribistas, de caza-empleos, de burócratas famélicos y de funcionarios deseosos de adquirir a poca costa el nombre, sólo el nombre, de radicales, ingresó al Partido Comunista, que perdió así sus postreras vinculaciones proletarias. Lo único que se pedía a los recién llegados era que protestaran su amor “por la paz y la democracia”; su odio al fascismo y a su “variedad más reaccionaria”, que según el Dimitrov de 1935 “es el fascismo tipo alemán”; y, antes que nada, su devoción “al Jefe sabio y querido del proletariado mundial, el camarada Stalin”.

Se formó así un Partido que Laborde mismo describió oficialmente como “sin consistencia, fofo, blanducho, falto de disciplina férrea”, “un partido de algodón”; pero que en su ignorancia de la doctrina revolucionaria y de la filosofía de la historia pensó el propio Laborde hacerlo de hierro con sólo obligarlo a leer sobre todo las falsificaciones doctrinarias e históricas de las editoriales stalinistas. Se explica, por lo tanto, que halagado con el incremento rápido de la agrupación, creyera posible hacer que tuviera 100,000 miembros para fines de este año; así como lograr que esa hojita bellaca, sin valor literario ni científico, albañal de torpezas y de calumnias —citamos a “La Voz de México”— que le sirve de órgano, se volviera “un diario de masas, un verdadero diario del pueblo”.

Todos estos sueños de burócrata indigesto de banquetes presupuestales se desvanecieron de golpe, el 23 de agosto del año en curso. Ese día, Molotov, en representación de la U.R. S.S., firmó un tratado de inteligencia y no agresión con el Tercer Reich, representado por Ribbentrop. De pronto, la política de infidencias, de renunciamientos, de humillaciones, de domesticidad y de envilecimiento, seguida por el Partido Co-

munista Mexicano, perdió su base. En uno de sus virajes característicos, Stalin, llevando a remolque a la Komintern, junto con todas sus secciones, olvidó que el régimen de Hitler, como dijo Dimitrov ante el VII Congreso de la Internacional Comunista, “es un sistema gubernamental de bandidaje político, un sistema de provocaciones y torturas contra la clase obrera y los elementos revolucionarios del campesinado, de la pequeña burguesía y de los intelectuales”; es “la barbarie medieval y el salvajismo; es una agresión desenfrenada para los demás pueblos y países”, y pactó con él.

Comenzaron entonces las piruetas de Laborde y comparsa. Como tienen más desvergüenza que criterio, lejos de guardar un silencio prudente, en espera de las consignas del Kremlin, o cuando menos, de los actos subsecuentes de la burocracia staliniana, se apresuraron a declarar que el pacto Molotov-Ribbentrop tenía por objeto mantener la paz e impedir “las torturas terribles de la guerra”. El 30 del mismo mes, Hitler se lanzó contra Polonia: las “torturas terribles de la guerra” empezaban; sin embargo, el 31, Molotov tuvo la avilantez de afirmar, al pedir por simple fórmula ante el Consejo Supremo de los Soviets la ratificación del tratado, que éste había sido hecho “en vista de los intereses de todos los pueblos, en interés de la paz del mundo entero”. Al mismo tiempo, los títeres del P. C. M., con su oficiosidad acostumbrada, se adelantaron a declarar que Polonia era un país semifascista, culpable del acercamiento de la U. R. S. S. y el Reich que hizo posible la guerra, cuya exclusiva responsabilidad atribuyeron, no obstante, al imperialismo anglo-francés. “Al defender su independencia con las armas en la mano —dijo imprudentemente Laborde— el pueblo de Polonia tiene derecho a la simpatía y solidaridad de todos los sectores de la opinión democrática y de todos los hombres honestos”. Y agregó: “si el gobierno de Polonia, bajo la presión de su pueblo, está deseoso de defender a toda costa su libertad e independencia y

lleva adelante la guerra nacional contra los agresores, los comunistas de todo el mundo estarán dispuestos a luchar por el apoyo a este Gobierno”.

Laborde no contaba con Stalin, al hacer tan aventuradas aseveraciones: diez y seis días más tarde, el ejército soviético invadió el territorio polaco, pese al tratado de no agresión firmado por la U.R.S.S. y Polonia el 25 de mayo de 1932 y prorrogado el 5 de mayo de 1934 hasta diciembre de 1945. Había, por lo tanto, en el mundo “comunistas”, encabezados por el “sabio y querido jefe”, nada menos, que no sólo no estaban dispuestos a luchar por el apoyo al gobierno polaco en la defensa de “su libertad e independencia”, sino que eran capaces de apuñalarlo por la espalda. Los labordeanos tuvieron, sin embargo, una ventaja: Molotov cuidó esta vez, temiendo la reacción que el más sucio de los actos recientes de la burocracia stalinista podría suscitar en las masas de la U.R.S.S., de aprontar pretextos y aducir razones que lo explicaran: “es nuestro deber—declaró—otorgar nuestra ayuda fraternal a los pueblos de la Rusia Blanca y de Ucrania. El gobierno de la Unión Soviética desea sacar al pueblo polaco de la miseria a que fué arrojado por sus líderes fracasados”.

Claro está que el P. C. M. se apoderó a la desesperada de la muletilla: Campa la repitió en el estilo gansino que le es peculiar. Hizo más: se atrevió a proclamar, con inigualado cinismo, “que el proletariado de todo el mundo saluda la marcha libertadora del Ejército Rojo, que vela por los intereses de millones de hombres”. Doce días después, el Kremlin vuelve a poner en ridículo a los labordeanos, si es que han estado fuera del ridículo alguna vez: Ribbentrop y Molotov firman un nuevo pacto, en el cual, a la nazi, se colocan las consideraciones étnicas por encima de las clasistas; se declara la desaparición de Polonia como Estado independiente; se entrega a veintitrés millones de polacos a la “barbarie medieval y el salvajismo”, al “sistema gubernamental de bandidaje político”

de Hitler; se declara definitivo el reparto de seres humanos, cuya opinión nadie ha consultado; y se “rechaza toda intrusión de terceras potencias”. Se hace, en resumen, un tratado de bandolerismo internacional, dejando entrever que los bandidos firmantes han convenido luchar juntos para defender su presa. La respuesta del proletariado universal a esta forma típicamente stalinista de entender la gloria y la libertad, no se ha hecho esperar. Por ejemplo: aun antes del nuevo pacto Molotov-Ribbentrop, la Asociación de Trabajadores de Colombia denunció ante el mundo la traición de Stalin “a los cánones de la libertad proletaria, por los cuales Lenin luchó y el pueblo ruso sacrificó lo mejor de su juventud”. En México, las Juventudes Revolucionarias han hecho declaraciones públicas de que no las convence la explicación dada por el P. C. M. a la política traidora del Kremlin, e insinúan su propósito de desligarse de aquél. Multitud de artesanos, mediócratas e intelectuales que, por falta de madurez política o por su extracción de clase, admitieron como buena la nueva línea del Partido, y se hicieron la ilusión de pertenecer solamente con seguirla, a la vanguardia de la revolución proletaria, sin sobresaltos y, por añadidura, con probabilidad de acceso al presupuesto federal, se hallan confundidos y desorientados, y, en el fondo, avergonzados.

Pero lo que para Laborde y su pandilla de logreros es más grave: los políticos pequeñoburgueses que pretendieron darse lustre de radicalismo protegiendo a comunistas, así fueran domesticados; y que se sintieron halagados al notar que la “nueva versión” del comunismo era idéntica a su propio credo democrático, nacionalista, humanitario, nominalmente socialista, empiezan a sentirse asqueados ante el servilismo heroico, el impudor épico y la ignorancia cósmica de la cuadrilla que capitanea Laborde, para servicio doméstico de Stalin. El hipertrofiado P. C. M., que jamás pasó de ser un “partido de algodón”, “fofo, blanducho”, sin cohesión interna, sin más idea-

les que los empleos públicos y los “embutes”, principia a desinflarse. La nube presupuestivos que lo engrosó artificialmente, han iniciado la desbandada. Los verdaderos proletarios no los burócratas sindicales y los pesca-chambas salidos de las filas del proletariado, pero ya desclasados, hace tiempo que lo dejaron casi totalmente.

Sin embargo, los miasmas que se desprenden de ese corrupto semicadáver poner en peligro la causa de la clase trabajadora de México. Lombardo y Laborde, que por cierto tiempo hicieron derroche de charlatanería pseudomarxista, aparecen ligados en la mente de los trabajadores políticamente atrasados—que forman sin duda la mayoría—con la doctrina de Marx, que ellos adulteraron, falsificaron y torcieron, parte por ignorancia y parte por mala fe. El fracaso del P. C. M. como conductor del proletariado nacional equivale, ante los ojos de esos trabajadores, a un fracaso del marxismo. Y esto ocurre cuando la segunda gran guerra imperialista ha comenzado; cuando la reacción burguesa se esfuerza universalmente por aumentar el desconcierto que la traición de los líderes a la doctrina revolucionaria ha causado en la clase obrera, con el objeto de aplastarla; cuando se ha iniciado la gestación de las condiciones materiales para un nuevo ascenso de la marea de la revolución mundial; cuando los proletarios de todos los países tienen mayor necesidad de unirse para dar juntos las batallas que en un futuro quizá inmediato decidirán de su destino.

La conflagración mundial apenas iniciada ha rendido ya, como una especie de producto subsidiario, el derrumbamiento de las Internacionales II y III ante la conciencia de la clase trabajadora, y el fulminante descrédito de las maniobras traidoras de sus líderes. En México y en todas partes, los revolucionarios consecuentes y leales al proletariado y a su causa tienen ante sí una tarea difícil y gloriosa: reorganizar la vanguardia proletaria; reconquistar a las masas para el

marxismo; hacerles comprender que ni Stalin ni su pandilla ni mucho menos sus mercenarios menudos como los Labordes y demás, representan la verdadera doctrina de Marx, Engels y Lenin; demostrarles, en fin, con la superioridad de la táctica y la visión política que únicamente proporciona el marxismo, que sólo bajo las banderas de él conquistarán el mundo.

F. ZAMORA.

30 Sept. 1939.

C L A V E

Tribuna Marxista
Revista Mensual

Redacción: ADOLFO ZAMORA, JOSE FERREL.

Responsable: JOSE FERREL.

SUBSCRIPCION: Un Año \$ 2.00 Seis Meses . . . \$ 1.00

NUMERO SUELTO \$ 0.20

(Moneda Mexicana)

Cartas y Giros al Apartado Postal 8942
MEXICO, D. F.

Administrador: OCTAVIO FERNANDEZ
Fernando Ramírez 49. Col. Obrero, México, D. F.

Registrado como artículo de 2a. clase en la Dirección General de Correos de México, el día 11 de octubre de 1938.

El Pacto Stalinazi ha Anonado al Stalinismo en Francia

En cualquier tiempo, la conclusión de un pacto de no agresión entre Stalin y Hitler habría desconcertado a la opinión pública mundial. Para encontrar aliados y reunirlos alderredor del Reich, Hitler había imaginado un pacto "anti-Komintern" cuyo fin esencial declarado era la destrucción del bolchevismo. En cuanto a Stalin, parecía estar preocupado únicamente en crear un "frente de las democracias" destinado, en primer lugar, a cerrar el camino al hitlerismo, y después, a abatirlo por medio de las armas. Entre ambos dictadores no había compromisos posibles. ¡Una lucha a muerte!

Celebrado en una atmósfera de víspera de guerra, en el momento preciso en que, conforme al deseo ardiente de los stalinistas, los jefes de la democracia francesa y los de la británica declaraban solemnemente unir su suerte a la de Polonia —la nueva presa anhelada por Hitler— un arreglo cordial Hitler-Stalin estalló como una bomba, cambiando de pies a cabeza la situación existente, para derribar todas las previsiones. Se esperaba el acuerdo definitivo de las democracias, y se presentó súbitamente el de las dictaduras. Las sacudidas provocadas por este sismo moral —o inmoral— se

resintieron en todas partes, pero en Francia fué donde se manifestaron con mayor fuerza.

Francia fué la más afectada, precisamente porque en Francia el stalinismo, en su encarnación más reciente —frente popular, frente de las democracias, anti-hitlerismo— había alcanzado los mayores éxitos. Utilizando hábilmente las circunstancias, aprovechando la repugnancia provocada por las persecuciones nazis contra los judíos, contra los protestantes, contra los católicos, disponiendo de medios materiales considerables y de un aparato burocrático bien reglamentado, renegando abiertamente de todos los principios comunistas, había logrado infiltrarse en todas partes: se le encontraba instalado en todos los engranes gubernamentales, casi amo de ciertos ministerios, de varias administraciones públicas. Durante la instrucción judicial abierta después del asesinato de Ignacio Reiss, perpetrado en Suiza por agentes de la G. P. U., la policía francesa, obedeciendo órdenes superiores, del propio Ministerio del Interior, oponía la fuerza de la inercia a las investigaciones presurosas de las autoridades helvéticas; y finalmente aseguraba la impunidad a los asesinos y a sus cómplices, permitiéndoles huir del

territorio francés. Se la encontraba también en la prensa conservadora y católica y su influencia se manifestaba hasta en el alto estado mayor del ejército.

Los stalinistas franceses habían obtenido estos progresos asombrosos por medio de una propaganda incensante y perseverante, presentándose ante la burguesía como demócratas, como franceses preocupados únicamente por afianzar la seguridad de la democracia, de la patria y del imperio francés.

Incluso la fórmula del "frente popular" les parecía demasiado estrecha: proponían sustituirla con la del "frente francés", para poder agrupar a todos los franceses alrededor de la bandera tricolor: los católicos y los anti-clericales, los republicanos y los reaccionarios, los obreros y los patronos. Pues ante sus ojos ya no existía más que un enemigo: Hitler, contra el cual los gobiernos democráticos debían mostrarse irreductibles. Contra el Reich había que tender todas las fuerzas, rehusarle todo, y finalmente llegar hasta la guerra para defender contra él lo que aún subsistía del inicuo tratado de Versalles.

Habían ganado a los intelectuales diciéndoles: defenderemos la cultura contra la barbarie hitleriana; a la burguesía, prometiéndole asegurar el orden en las fábricas; a los jefes militares, ofreciéndoles la alianza con la Unión Soviética y el concurso del poderoso Ejército Rojo; a los judíos, prometiéndoles vengarlos de las odiosas persecuciones que habían sufrido. Y cosa todavía más ex-

traordinaria, a pesar de todas estas apostasías vergonzosas, habían logrado conservar una influencia preponderante en los medios obreros; lo lograban, aunque cada vez más difícilmente, por medio de una demagogia grosera, pero suficiente para alcanzar a los elementos más atrasados de la clase obrera, al canalizar el descontento de los trabajadores contra los jefes socialistas, que habían estado en el poder y que eran, por lo tanto, únicos responsables de los atentados contra las grandes conquistas obreras de "junio de 36".

Los stalinianos franceses no habían alcanzado, es cierto, el fin que se habían propuesto: había militantes obreros clarividentes, cada vez más numerosos, que se negaban a ser objeto de sus maniobras y a hacerse cómplices de su traición. A éstos los denunciaban como "hitleristas", "agentes de Hitler", traidores; emprendían contra ellos, en la prensa y en los discursos, una lucha encarnizada, asombrándose de que el gobierno no los mandara a prisión.

En la burguesía también tropezaban con resistencias. Existían, en primer lugar, elementos a los que no podían convencer de ninguna manera: los que estimaban que el fascismo es un método todavía mejor para aplastar a la clase obrera y para romper sus organizaciones; y la de los periodistas que recibían subsidios e inspiración de la Embajada Alemana, como otros los recibían de la Embajada Soviética. Pero los más numerosos vacilaban, sentían dudas sobre la sinceridad del neo-patriotismo de

(*).—A este propósito, una anécdota es reveladora. Una misión militar francesa visitaba la Unión Soviética. Al llegar a un campo de aviación fué recibida con la Internacional. Inmediatamente el general que la dirigía se cuadró y se llevó la mano derecha al pecho. Su ayudante, asombrado por la enormidad del espectáculo, no pudo menos que hacérselo notar. Pero el general respondió inmediatamente: "¿Qué me importa? ¡Es contra Hitler!"

los stalinianos, sobre todo, sobre el valor de un Ejército Rojo decapitado, sobre la capacidad de una industria cuyos dirigentes eran fusilados unos tras otros como saboteadores. Los "hombres de la izquierda" —de los que Herriot es el prototipo— decían a estos vacilantes: ¡Vamos! ¿Qué queréis ahora? ¿No estáis satisfechos de ver a nuestros comunistas tan amables y dóciles, buenos demócratas y buenos franceses? Hacen algo más que prometer. No sólo renuncian por su propio grado a su programa comunista, a toda acción y propaganda revolucionaria, sino que persiguen a los obreros que quieren permanecer fieles al comunismo, los denuncian sin cesar como divisionistas de la clase obrera, como "trotskystas", como traidores pagados por Hitler: los excluyen de sus organizaciones, aislandolos así de sus camaradas, obreros. ¿Cuando encontraréis mejores perros de guarda para defenderos? ¿Queréis obligarlos a pesar de todo y de ellos mismos, a proseguir con su programa comunista de ayer, su "Internacional" y su bandera roja, y que en lugar de gritar con nosotros, "Viva el Ejército!" y de votar con nosotros todos los créditos militares, los dos años de cuartel, recuperen su antiguo vocabulario y que traten a los oficiales del ejército francés de "guenles de vache"?

A los demócratas burgueses se unieron, para sostener el mismo lenguaje, hombres de derecha, ultra-reaccionarios y nacionalistas: Emille Buré, director de un diario, L'Ordre, Henry de Kerillis, director de L'Epoque transformados súbitamente, de enemigos jurados del comunismo, en stalinizantes cien por ciento: así como demócratas

cristianos, que también disponían de un periódico diario, L'Aube, que se convirtieron en simpatizantes stalinistas el día en que Hitler atacó a la Iglesia Católica.

Con esta rápida ojeada se ve que las posiciones stalinianas en Francia eran muy fuertes en ese mes decisivo de agosto de 1939. De hecho, los stalinistas eran los amos del momento. Al fin y al cabo era su política. —decían ellos— la que triunfaba. Ya se apoderaban del puesto de fiscales, al denunciar, cada mañana, en l'Humanité, a los tibios y los cobardes, para los que pedían la prisión o la guillotina.

En un instante, todo cambió. Esas posiciones tan fuertes se desmoronaron de un golpe, el martes 22 de agosto, cuando los periódicos franceses llevaron a todas partes la noticia de la celebración de un pacto stalinazi. Stalin los anonadó brutalmente con su alianza con el hombre denunciado por él mismo y por los stalinistas de todos los países, durante meses y años, como el peor enemigo de la democracia y de la Unión Soviética.

La cosa era tan inconcebible que, por el momento, nadie quiso creer en ella. El anuncio de la celebración del pacto llegó a París el lunes 21, en la noche, en forma de comunicado oficial alemán de la D. N. B. En las salas de redacción, los periodistas estupefactos se interrogaban; vacilaban en publicar el mensaje, transmitido por la oficiosa agencia Havas, creyendo que se trataba de una falsa noticia. Eran las 11.30; toda encuesta para verificar era difícil. Sin embargo, trataron de obtener un mentís o una confirmación telefoneando a las

(*).—Expresión que califica la brutalidad y maldad de los oficiales.

oficinas parisienses de la agencia Tass y a la Embajada Soviética, pero después de las primeras palabras pronunciadas en francés no obtenían más que respuestas en ruso, de las que sólo comprendían que constituían una confirmación implícita, confusa y un poco vergonzante. En l'Ordre, el periódico del anti-comunista soviético Buré, sus neófitos stalinianos, de fe robusta, persistían, a pesar de todo, en la convicción de que se trataba de una falsa noticia, y publicaron el mensaje Havas bajo este título:

“¡Un magnífico ‘canard’!”

“¡Un pacto de no agresión germano-soviético!”

L'Humanité, en una primera edición, guardó absoluto silencio sobre el asunto. Posteriormente, en la segunda edición, comunicó el mensaje, pero disimulándolo lo mejor posible, en un rincón de la segunda página, en donde se colocan ordinariamente las cosas sin importancia.

Pero el pacto stalinazi no era una información posible de ocultar. Al primer sentimiento de estupor provocado por su revelación, sucedió una cólera, esta vez unánime, pues los que denunciaron el pacto con mayor indignación fueron precisamente los intelectuales antifascistas, los socialistas, los sindicalistas que se habían constituido en los defensores más encarnizados del stalinismo.

La primera protesta fué formulada y publicada por la dirección del grupo de intelectuales antifascistas: Paul Langevin, quien durante años había cubierto sistemáticamente con su autoridad de sabio los crímenes stalinianos; Víctor Basch, presidente de la reunión popular y de la Liga de Derechos del Hombre, quien entre otras cosas había impedido

resueltamente que “los procesos de Moscú” fueran objeto de un honrado estudio jurídico en el seno de la Liga, afirmando que se habían desarrollado según las reglas de una estricta y verdadera justicia popular; Albert Bayet, radical, stalinizante cien por ciento, celoso propagandista del stalinismo en los medios radicales; Irene y Frédéric Joliot-Curie, más apagados, pero que sin embargo ponían su gran nombre al servicio de la propaganda staliniana. Estos intelectuales antifascistas, algunos demasiado cándidos, otros, engañados voluntarios e interesados del stalinismo, se lanzaban con cólera contra la duplicidad de la política de Stalin, que calificaban de traición.

Traición era también la palabra que se repetía en las declaraciones de los socialistas que en el seno de su partido siempre habían aprobado y defendido, bajo cualquier forma que se presentase, la política staliniana. En la primera fila de éstos, estaba Zyromski, jefe de la tendencia staliniana que, durante un momento, arrastró a la mayoría del Partido Socialista, ganando a León Blum a sus opiniones. Una apreciación idéntica del pacto: traición, fué formulada en la resolución votada unánimemente por la dirección del Partido Socialista.

El mismo reproche se le hace al pacto en los medios sindicales. En ellos, los stalinianos habían logrado apoderarse de la dirección de la mayor parte de las grandes federaciones: metales, construcción, funcionarios, y de hecho, también eran los amos de la C. G. T., aunque hubiesen dejado a Jouhaux en la secretaría general, en la que sólo lo toleraban a condición de que siguiera su política; y a quien en sus desplazamientos

en Francia y en el extranjero le adjuntaban siempre un staliniano experimentado, encargado de vigilarlo. Una primera discusión tuvo lugar en el seno de la Comisión Administrativa de la C. G. T. Los stalinianos, que siempre habían tenido la mayoría, fueron derrotados por dieciocho votos contra ocho. Pero incluso este voto no representaba el verdadero sentimiento de los obreros sindicalizados franceses, respecto del pacto, pues unos días más tarde, por nueva decisión, la C. G. T., con Jouhaux a la cabeza, decidía romper todas sus relaciones con los stalinianos, calificando el pacto stalinazi de “traición premeditada y realizada contra la paz” y de “traición al proletariado”.

Los jefes stalinianos Thorez, Cachin, Peri, permanecieron mudos durante varios días, dejando a subordinados el cuidado de reproducir y de diluir las explicaciones proporcionadas por la Embajada Soviética. El grupo parlamentario votó una embarazada resolución, aprobando la política de Daladier, pero sin desaprobando la de Stalin. Los diputados estaban de vacaciones y no hubo discusión en la Cámara. En cambio, hubo una sesión de la Comisión de Asuntos Extranjeros que se llevó a cabo el viernes 25 de agosto. Quienes asistieron afirman que fué dramática. Los cuatro stalinianos miembros de la Comisión permanecieron aislados en un rincón, los otros comisionados se alejaban expresivamente de ellos. El socialista Grumbach, stalinizante cien por ciento, fué el primero en pedir la palabra para presentar una moción previa. “Un acto de alta traición —dijo— acaba de cometerse. No existe en ningún idioma palabra que permita calificar este acto como se merece”. Y para

concluir, declaró: “Antes de entablar aquí una discusión hay que saber si estamos entre nosotros, entre franceses”. Los stalinianos directamente atacados, respondieron declarando, uno de ellos, que sus dos hijos estaban movilizados; otro, que había perdido ambas piernas en la guerra de 1914-1918. Un socialista, igualmente stalinizante, Viénot, los interrumpió, exclamando: “Vengo de la línea Maginot. Por doquier, en nuestras regiones industriales de la frontera, los obreros os vomitan, aun aquellos que tienen carnet de vuestro partido”. El orador del pequeño grupo, Péri, pidió entonces la palabra para exponer —dijo— su posición. Era el fonógrafo habitual de la Embajada Soviética, que no escribía ni hablaba sin tener antes la consigna de ella. En los últimos meses había sido un orador escuchado. En esta ocasión se embrolló en explicaciones confusas de las que se desprendía que, según él, nada impedía aún, que a pesar del pacto, Francia e Inglaterra concluyeran negociaciones con la Unión Soviética. Se designó entonces una subcomisión —de la que fueron excluidos los stalinistas— que redactó un proyecto de resolución en términos severos contra el pacto stalinazi y contra los que rehusaran condenarlo; proyecto que fué aprobado por la unanimidad de la Comisión —salvo los stalinianos.

Los papeles han cambiado bruscamente; ahora los stalinianos son los traidores, los agentes de Hitler. Sus amigos de ayer, los stalinizantes fanáticos, son los que lo dicen con más cólera. Jouhaux y la C. G. T. rompen definitivamente con ellos, se niegan a tener el menor contacto, los acusan de una doble traición: traición a la paz y traición al proletariado.

Hecho aun más importante y más significativo: cuando el gobierno decide la supresión de l'Humanité y de su edición vespertina, Ce Soir, disfrazada de periódico independiente de información, ninguna protesta seria se eleva en los medios obreros. Más aún, antes de que el gobierno haya tomado esta decisión, en varias ciudades industriales de Francia, los vendedores de la prensa staliniana habían sido asaltados por obreros y obligados a abandonar sus periódicos, inmediatamente destruidos.

Es fácil comprender esta cólera obrera. Stalin traicionó por primera vez al proletariado francés en 1935, cuando por su pacto con Pierre Laval, Presidente del Consejo, lo entregó al imperialismo francés. En seguida, lo preparó metódicamente para la guerra, haciéndole aceptar poco a poco la idea de que solamente por medio de la guerra podría ser abatido el nazismo. Y cuando llega esta guerra, en el momento más crítico, la víspera misma del desencadenamiento de las hostilidades, Stalin se despide de las democracias y se apresura a concertar un tratado de amistad con el enemigo, con Hitler, y de antemano se reparte con él a Polonia.

Los obreros franceses ya movilizados, los que parten a unírseles para una guerra emprendida en las peores condiciones para Francia e Inglaterra, no lo olvidarán. Por una vez, la palabra de ese diputado socialista es justa: vomitan para siempre a Stalin y a sus jefes stalinistas que los han engañado odiosamente. Una nueva fase de la historia comienza. Y no comienza como "El Universal" lo afirma apresuradamente, con "el destierro del comunismo en Francia", sino con el anonadamiento

del stalinismo, que es cosa muy diferente. El stalinismo no es el comunismo; en cada punto, programa, método, táctica, es exactamente su contrario. Con la experiencia del frente popular, los obreros franceses se daban cuenta cada día mejor de los daños del stalinismo, que los había intoxicado progresivamente. Hoy, después de la nueva y estruendosa traición de Stalin, el proletariado francés, entregado a la guerra imperialista, entra en la lucha sangrienta librado del veneno stalinista. Las duras pruebas de la guerra, durante la cual van a ser sacrificados muchos millones de jóvenes, le harán volver a encontrar el camino de la revolución de octubre y del comunismo.

26 de septiembre de 1939.

J. R.

P. S.—Este artículo acababa de ser escrito cuando los periódicos trajeron la noticia de la disolución del partido staliniano por el gobierno francés. El corresponsal parisiense de la "United Press" dice a este respecto, entre otras cosas, que el partido contaba con quinientos mil miembros que pagaban regularmente sus cuotas. Esta es una afirmación considerablemente exagerada. En su apogeo, al día siguiente de las grandes huelgas de junio de 1936, el partido staliniano reunió, como máximo, 200.000 miembros, efectivo que disminuyó progresivamente y con gran rapidez, a medida que se desarrollaba la experiencia de los gobiernos de frente popular, y que los jefes stalinianos aparecían más claramente ante los ojos de los obreros en su papel odioso de rompe-huelgas. Y el fracaso sonado de la huelga

general "antimunicense" de noviembre de 1938 también provocó un verdadero desmoronamiento de efectivos sindicales en las federaciones dirigidas por los stalinizantes. Después de la firma del pacto stalinazi, abandonado definitivamente por los obreros, se

encontró reducido a su aparato. De manera que la apreciación del corresponsal parisiense del "New York Times" corresponde mucho mejor a la realidad, cuando escribe que el gobierno de defensa nacional ha decidido disolver "un partido moribundo".

Difusión deferencia de Edicions Internacionals Sedov en su serie Clave. Tribuna marxista (revista, 1938-1941). Para descargar resto de números en nuestra serie, enlace desde imagen del logotipo:



Manifiesto a los Pueblos Oprimidos de América Latina, de Asia y Africa

Antes aun de que una generación haya transcurrido, ¿de nuevo Europa está en guerra? Las bestias imperialistas, nuevamente desatadas, están ansiosas por devorar, con su voraz ferocidad, todas las riquezas de la civilización y a la humanidad misma en su conjunto. Esto confirma, una vez más, la precisión del análisis leninista de nuestra época como época de guerras y de revoluciones.

Los bandoleros imperialistas anglo-franco-polacos, por una parte, y los bandidos imperialistas alemanes, por la otra, sólo son, sin embargo, las avanzadas de la catástrofe mundial que ya ha comenzado. La humanidad entera está al borde del abismo. Nada podrá salvarnos de la destrucción y de un retorno a la bestialidad primitiva, si no es la rebelión de los pueblos contra sus gobiernos capitalistas.

Ninguna parte del planeta quedará al margen de la guerra. Mussolini se mantiene en guardia, en espera del desarrollo de la situación, valora el precio que le han ofrecido los capitalistas anglo-franceses, por un lado y los capitalistas alemanes, por el otro, a cambio de la venta del pueblo italiano. Como siempre, los pueblos balcánicos habrán de ser la carne de cañón de las grandes potencias imperialistas.

Roosevelt nos Empujará a la Guerra.

Sólo quienes quieran engañarse serán engañados: no hay rincón alguno de la superficie terrestre que pueda mantenerse al margen de la guerra. Las "seguridades" de paz de los Estados Unidos no pueden engañar a nadie. La América, ya sea del Norte, ya sea Central o del Sur no constituye un mundo aparte. Roosevelt miente cínicamente, y repiten la mentira de su amo los gobiernos de América Latina, cuando afirman que el hemisferio occidental no es Europa, sino un continente de paz y democracia.

Eso no es cierto. El imperialista yanqui se afila los dientes, febrilmente prepara sus armas y sólo espera el momento oportuno para arrojar a la lucha a vencer a todos sus rivales. El mundo entero no será entonces más que una sola hornaza calentada al rojo. El fuego se extenderá de Europa a Asia, de Alaska a Patagonia.

Roosevelt cambiará su sonrisa democrática por el gesto belicoso de la bestia excitada por el olor de la sangre y la matanza. El estado de alarma (decretado ya en los Estados Unidos, crea las condiciones necesarias para apagar por adelantado cualquier palabra de crítica, cualquier manifestación que ataque la política militarista y guerrera de Washington. Nuevas sumas astronómicas de dinero se destinan a la preparación de la guerra; nuevas empresas se inician para la manufactura de mayores

elementos de destrucción, día y noche; los aprovechadores de la guerra se relamen ya los belfos ante la perspectiva de las ganancias que habrán de sacar de la matanza de millones de hombres. El poder de la represión antidemocrática multiplica día a día. El estado mayor de Roosevelt se prepara para llamar a banderas a un millón de hombres inmediatamente, mientras espera que América Latina se convierta en una fuente de abastecimientos y en cuarteles para el servicio exclusivo del imperialismo yanqui.

Roosevelt Dicta Ordenes a América Latina.

Washington convoca a los gobiernos de América Latina para que se reúnan en Panamá, a fin de ordenarles cuál deberá ser su conducta en la actual situación internacional. La conferencia de Panamá es continuación de la comedia de Lima. Autorizados por la llamada "Declaración" de Lima, los imperialistas yanquis realizan las primeras gestiones para la movilización del pueblo oprimido de América Latina, al que llevarán al matadero de la guerra.

Ya comienzan a ladrar los perros de presa de los imperialistas, sus más fieles lacayos en los movimientos de masas. Uno de esos perros es Lombardo Toledano, en México. Cínicamente ha llamado él a las masas latinoamericanas para que apoyen la política de guerra de Roosevelt y a los imperialistas "demócratas", esto es: Chamberlain-Daladier y Cía., opresores de los pueblos esclavizados de la India, de Indochina y de cinco continentes.

Los Pacifistas Sirven a los Imperialistas

En esta hora trágica, en que los cañones deciden, la palabrería hu-

manitaria de los pacifistas es el más peligroso veneno para las masas. La verdadera faz de los pacifistas demócratas comienza a desnudarse. ¡Mirad a Gandhi, santo senil de los capitalistas hindúes! Arroja la máscara y cambia su papel de vegetariano profeta humanitario por el de sargento reclutador al servicio del imperialismo británico, el más infame opresor de la India. Nehru, M. N. Roy y demás nacionalistas pequeñoburgueses desempeñan el mismo papel ruin.

Ni Hitler- Stalin ni Chamberlain-Roosevelt.

Pueblos oprimidos de América Latina! Pueblos esclavizados de Asia y Africa! ¡No creáis las mentiras de las potencias imperialistas! ¡No marchéis a la guerra bajo la bandera sanguinaria e innoble del imperialismo! ¡Chamberlain-Daladier quieren vuestra piel, vuestros huesos, exhaustos por la explotación feudal y capitalista, para arrojaros a las fauces de los cañones fascistas de Hitler! El Japón quiere aprovecharse de nuestro legítimo odio en contra de los bandidos imperialistas de Londres y de París, para explotaros en nombre de un vago patriotismo asiático. ¡No dejéis que se os utilice! Si Hitler-Mussolini vienen a vosotros, del brazo del infame Stalin, para tratar de explotar para su propia ventaja vuestra justificada lucha en contra del imperialismo anglo-francés, no los escuchéis: bajo la demagogia anti-imperialista o anti-capitalista de la combinación Hitler-Stalin yace el hocico repugnante del bestial fascismo. ¡Arrojadlo!

Tampoco Roosevelt merece confianza. No trabaja para la defensa de la paz y de la democracia, sino para la guerra, para los intereses de Wall Street, para la explotación

de todos los pueblos de América Latina y de Asia, ¡para la dominación del mundo!

Escuchad Sólo la Voz de Vuestros Hermanos.

La voz que debéis escuchar es la voz de los trabajadores del mundo, de nuevo crucificados por los líderes infieles y traidores, de Stalin a León Blum, de Citrine a Tolledano, de Browder a Green, Lewis, y Cía. Es esta la profunda voz de vuestros campesinos doblegados bajo la cuchilla feudal; es la voz de los trabajadores de las ciudades y de los campos, que sólo obtienen de la vida la obligación de no morir de hambre, a fin de que las cajas de caudales de los millonarios puedan continuar llenándose.

¡He ahí la voz que debéis escuchar!

La guerra que devasta en estos momentos los campos de Europa y que muy pronto habrá de abarcar el mundo entero, no es la vuestra. Esta es una empresa de los grandes ladrones, a fin de resolver quién habrá de ser el amo del mundo en el futuro próximo. Pueblos de Asia, de África y de América Latina: ¡Aprovechad la guerra de ellos para despertar! ¡Sólo hay en el mundo una guerra nacional que sea justa: vuestra guerra! ¡La guerra que sólo vosotros, pueblos oprimidos y esclavizados podéis pelear: guerra contra los banqueros e imperialistas de Europa, de Estados Unidos y del Japón; guerra por nuestra independencia nacional!

Romped con Todos los Agentes del Imperialismo.

Para que podáis aprovecharos de la guerra de los bandidos imperialistas explotadores, para que podáis utilizarla en la conquista de vuestra independencia nacional y de vuestra libertad, es indispen-

sable una condición: debéis arrojar sin piedad de vuestras filas a los agentes imperialistas abiertos o embozados de todos los matices, ya sean ellos demócratas o fascistas. Los primeros quieren empujaros a la guerra, al servicio del opresor británico, francés o norteamericano; los segundos quieren ponerlos bajo la cuchilla de Hitler, del Mikado o de Mussolini. ¡Arrojad de vuestras filas, con igual firmeza, a los fieles agentes del traidor Stalin, todavía ayer partidarios rabiosos de la guerra "democrática" contra el agresor fascista, y hoy defensores de la alianza traidora entre Stalin e Hitler!

Los Yanquis, Policías de la Reacción Mundial.

El papel del imperialismo yanqui no es menos reaccionario que el de los imperialismos europeo o japonés. Los imperialistas yanquis habrán de ser la fuerza de reserva de la reacción mundial cuando, asqueados por los horrores de la guerra, los pueblos esclavizados de Oriente se yergan para arrojar a los esclavizadores británicos y franceses y proclamar su independencia. Los imperialistas europeos, ocupados por la guerra, no tendrán ya fuerza para estrangular la gran revolución de las colonias. Esta tarea recae sobre los imperialistas menos exhaustos, los más ricos y más poderosos, los de los Estados Unidos. Responsabilidad histórica de los trabajadores norteamericanos es, con ayuda de los pueblos oprimidos de América Latina, el impedir que la reacción capitalista mundial realice su objetivo.

He ahí por qué los trabajadores norteamericanos y los pueblos latinoamericanos no deben dejarse engañar por las mentiras sobre la "guerra por la democracia". Los gobiernos reaccionarios de América Latina no pueden defender la

democracia porque si esta existiera realmente en esos países dominados, sus pueblos tendrían modos de rehusar el ir a esta guerra en beneficio de Wall Street.

¡Libertad para Todos los Oprimidos!

Lado a lado con los millones de América Latina y Asia, los negros africanos, los pueblos de Argelia, Marruecos, Túnez y Egipto que sufren bajo la bota de los imperialistas "demócratas", harán causa común con sus hermanos oprimidos por Mussolini, Oliveira-Salazar y Franco. Juntos pelearán la lucha común para no servir en los ejércitos adversarios del imperialismo. Juntos habrán de tender hacia un sólo objetivo: la independencia completa de los pueblos de África mandando a paseo las súplicas del capitalismo insinuante.

Los pueblos oprimidos de las colonias y semi-colonias deben tomar en sus manos el derecho de decidir de su propio destino; deben recuperar sus riquezas nacionales que les fueron robadas por los capitalistas extranjeros; deben recuperar sus tierras, con el derecho de trabajarlas libremente; deben recuperar los grandes medios de producción y los monopolios absor-

bidos por los imperialistas extranjeros; deben recuperar la libertad de la que fueron privados por los señores feudales nacionales, aliados con los bandidos imperialistas extranjeros.

¡Por esas cosas debéis luchar, pueblos de los países oprimidos del mundo! La hora de esta lucha pronto sonará. El proletariado de Europa, de los Estados Unidos, de las potencias capitalistas os apoyará en esta lucha por la libertad. ¡Y con vuestra ayuda, ellos habrán de parar la guerra mundial inter-imperialista, transformándola en guerra de los oprimidos por la libertad, para establecer la única paz duradera, la paz de los trabajadores, erigida por la República Mundial del Trabajo y del Socialismo!

¡Mueran los imperialistas "demócratas" y fascistas!

¡Muera la guerra inter-imperialista!

¡Muera el capitalismo!

¡Viva la guerra de los pueblos coloniales por su liberación nacional!

¡Viva la revolución socialista mundial!

Buró Panamericano y del Pacífico. Subsecretariado de la Cuarta Internacional.

Pedid directamente a CLAVE:

SU MORAL Y
.....

LA NUESTRA
.....

(Con un Apéndice Inédito)

Por

LEON TROTSKY

**Unica Traducción Fiel de esta Obra del
gran Téorico Marxista**

\$1.00 Ejemplar (M. Mexicana)

Descuentos a agentes. Despachamos pedidos C. O. D.
y Correo reembolso a la República. Los pedidos del exterior deben venir acompañados de su importe. Pida informes a la redacción de "CLAVE".